

A propósito de Lisboa: espacios urbanos historia y memoria

Joan J. PUJADAS

Departamento de Antropología Social y Filosofía
Instituto de Estudios Avanzados
Universidad Rovira i Virgili (Tarragona)

También, en el espacio urbano, el conjunto de obras y mensajes que estructuraban la cultura visual y daban la gramática de lectura de la ciudad disminuyeron su eficacia. No hay un sistema arquitectónico homogéneo y se van perdiendo los perfiles diferenciales de los barrios. La falta de regulación urbanística, la hibridez cultural de constructores y usuarios, entremezclan en una misma calle estilos de varias épocas. La interacción de los monumentos con mensajes publicitarios y políticos sitúa en redes heteróclitas la organización de la memoria y el orden social (García-Cañclini, 1990:282).

Resulta especialmente necesaria desde la antropología social una reflexión sobre las transformaciones recientes que están experimentando las ciudades, y muy especialmente las metrópolis, dentro del marco más general de los cambios económicos y culturales a los que de manera convencional se les asigna la etiqueta de globalización. Pero resulta inevitable entremezclar esta reflexión con el análisis de las transformaciones que se han producido en los modelos y perspectivas teóricas con las que se aborda el análisis de lo urbano, especialmente si dicha reflexión se realiza desde una tradición académica doblemente periférica en el estudio de las ciudades: la de la antropología, en general, y la de la antropología española, en particular.

En este artículo utilizaré preferentemente como sustento empírico a mis reflexiones material etnográfico y documentación propios, así como material bibliográfico diverso, que se refieren a la ciudad de Lisboa, donde realicé campañas etnográficas entre los años 1989 y 1992, con breves estancias posteriores. Los objetivos del artículo son tres:

Abordar críticamente la falta de contextualización histórica, política y territorial con la que se han abordado, en general, los análisis de los procesos de urbanización, especialmente por parte de la antropología urbana, que raramente ha sabido ubicar a sus actores sociales barriales (obreros, indígenas e inmigrantes) en el contexto urbano, metropolitano y regional, tendiendo a elidir, además, la historia cultural de cada grupo estudiado, así como las vinculaciones con los respectivos grupos de referencia fuera de la ciudad. Para ilustrar esta problemática esbozaremos el análisis de las *Marchas de los Santos Populares* de Lisboa.

Introducir el debate sobre el significado para los actores sociales urbanos (heterogéneos y con identidades sociales diferenciadas) de los abigarrados escenarios urbanos que son el reflejo de diferentes épocas de la historia urbana incrustados en la contemporaneidad. Nos interesa, especialmente, hacer hincapié en las luchas por la hegemonía en el proceso de interpretación de la historia urbana y en la asignación de significados a los elementos simbólicos que nutren la memoria colectiva. Como ilustración de este tema introduciremos el debate sobre la apropiación del *mito saloio* por parte de los actores metropolitanos lisboetas.

Finalmente, nos interesa presentar la problemática del nuevo papel y usos de las grandes ciudades en el marco de los procesos de formación de regiones metropolitanas. Las ciudades se vuelven cada vez más espacios para los negocios, el turismo y la adquisición o disfrute de bienes y servicios. Los urbanitas van dejando, poco a poco, de ser residentes urbanos, para convertirse en *commuters* o visitantes ocasionales y reorganizan sus vidas familiares a decenas de kilómetros de la ciudad. ¿Cómo reorganizan su identidad y su sentimiento de pertenencia? Nuevamente Lisboa y la *cuestión saloia* pueden aportarnos alguna evidencia empírica para ensayar una posible vía analítica a la cuestión.

EN BUSCA DE LA CIUDAD: BARRIOS, COMUNIDADES Y GRUPOS SOCIALES DESAGREGADOS

Cuando revisamos críticamente cuál ha sido la aportación de la antropología urbana al conocimiento de las ciudades, comprobamos que ésta ha sido muy escasa. Es cierto que, desde la década de los años 60 y 70 los antropólogos irrumpieron de forma decidida en los escenarios urbanos, en buena medida acuciados por el hecho manifiesto de que las corrientes migratorias y los procesos de urbanización habían tomado un gran protagonismo desde la finalización de la II Guerra Mundial. Hasta entonces el único precedente verdaderamente influyente había sido Robert Redfield, miembro de la Escuela de Chicago (Redfield, 1930, 1941; Redfield y Singer, 1954).

Aunque la obra de Oscar Lewis está más vinculada a los estudios sobre pobreza y marginación, es indispensable evaluar sus aportaciones a los estudios urbanos, especialmente por sus discrepancias con los planteamientos de la Escuela de Chicago, tan influyentes en los estudios sobre la ciudad. Los trabajos de Lewis, a pesar de la endeblez de su enfoque sobre la *subcultura de la pobreza*, son fundamentales para entender las corrientes innovadoras de la antropología norteamericana de los años 50 y 60. Lewis (1965) somete a revisión y crítica algunos planteamientos centrales de la sociología chicaguense, como las ideas de Wirth (1964: 71) sobre la segmentariedad, impersonalidad y superficialidad de las relaciones sociales urbanas. Por otro lado, si bien no puede negársele a Wirth la inclusión de la variable *heterogeneidad* en su definición de urbanismo, ésta acaba siendo una variable dependiente del tamaño y la densidad urbanas, como sugiere Hannerz (1986: 76). Wirth, como Park, concebía la heterogeneidad en términos de *desorganización social* y a ésta como el resultado del aumento poblacional, via inmigración. ¿Cómo conjugar el *melting pot* con la pretensión de representar de forma generalizada al hombre de la calle, al urbanita prototípico? ¹.

Algunos trabajos característicos de los años 60 y 70 quedan recogidos en el libro clásico de W. Mangin, *Peasants in cities* (1970) y en los dos volúmenes editados por B. Du Toit y H. Safa (1975), resultantes de los debates del IX Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas (Chicago, 1973), titulados: *Migration and urbanization* y *Migration and development*, respectivamente ².

Algo más tarde, entre los años 70 y 80 la Antropología urbana aparece como materia docente en las licenciaturas de antropología social y cultural en las universidades norteamericanas y, poco a poco, en las universidades europeas. Por ello, aparecen numerosos textos universitarios para servir de apoyo

¹ Esta concepción chicaguense del desorden social y del conflicto, como resultado directo de la heterogeneidad cultural de una ciudad en plena expansión industrial, que se nutría para su crecimiento de efectivos poblacionales que eran en su mayoría de procedencia extranjera, proviene no solamente de una concepción etnocéntrica, inmune a cualquier concepción de multiculturalidad, sino del supuesto implícito de la *angloconformidad*. Esto es, de la presuposición de que todos los contingentes inmigrantes, por el hecho de emigrar a los EEUU partían de una actitud favorable a la asimilación lingüística y cultural. De hecho, este *modelo migratorio de la angloconformidad* se basaba en expedir visados de entrada a los EEUU solamente a aquellas poblaciones que se consideraban asimilables (Kymlicka, 1996: 29 y ss.).

² Hay que tener en cuenta, como excepción a la tendencia general de las diferentes escuelas y tradiciones en antropología, el caso de la Escuela de Manchester, que desarrolla un programa coherente de investigaciones urbanas en Zambia desde 1941 (Epstein, 1958; Harries-Jones, 1975; Kapferer, 1966, 1972; Little, 1965, 1974; Mitchell, 1956, 1970; Powdermaker, 1962; Wilson, 1941, 1942). En Pujadas (1996) puede verse una revisión bastante completa del papel central que esta escuela ha jugado en el desarrollo de la reflexión sobre el papel de los procesos de cambio social, urbanización y etnicidad.

a la nueva asignatura (Basham, 1978; Fox, 1977; Hannerz, 1986 [1980]; Southall, 1973). Los textos de Basham y Hannerz, concebidos como textos introductorios, ponen un énfasis especial en trazar la historia intelectual de la relación entre los antropólogos y las ciudades. Ambos insisten en la primacía de la Escuela de Chicago como el primer antecedente de la antropología urbana, otorgando con ello una especial relevancia a los estudios sobre urbanización y conflictos sociales. El trabajo de Fox es de corte más weberiano y organiza la presentación del campo de estudio en forma de una tipología de doble matriz, en la que los modelos de ciudad se basan en la naturaleza de sus relaciones políticas y económicas con relación al estado y a la sociedad.

Resulta de utilidad indiscutible analizar estos textos, ya que nos proporcionan las claves para comprender cuáles son los lugares comunes y los enfoques predominantes dentro de este dominio de análisis antropológico. Con excepción del libro de Southall, que acoge textos de algunos de los miembros de la Escuela de Manchester y del Instituto Rhodes Livingstone, el resto de obras se alinea con la tradición norteamericana en antropología urbana que, como sabemos, viene muy marcada, tanto por la obra de Robert Redfield, como por la tradición sociológica de la Escuela de Chicago. Solamente el libro de Hannerz trata de manera conveniente ambas tradiciones, dando el espacio y la profundidad que se merece a las aportaciones del grupo manchesteriano que, desde mi punto de vista, constituye la única perspectiva clásica propiamente antropológica en los estudios urbanos.

Es indiscutible, no obstante, la influencia de Redfield en los primeros estudios urbanos de la época de la posguerra, especialmente su idea del continuo folk-urbano, compartida con Wirth. Aunque es indudable que el gradualismo que sugiere su formulación no consigue vencer la tendencia a la dicotomización que los científicos sociales habían heredado del pensamiento social del siglo XIX. Como destaca Leeds a lo largo de su obra (especialmente en Leeds, 1994a y 1994b), la operación de dicotomizar, tan arraigada en el pensamiento judeo-cristiano, se combina con una concepción substancialista de esencias puras (rural y urbana, en este caso), que provienen en última instancia del idealismo platónico.

Clyde Mitchell (1956), igual que Adrian Epstein (1958), ya habían mostrado cómo en Luanshya esa esencia urbana, definida por unas relaciones sociales segmentarias, impersonales y superficiales, no tenía razón de ser. Tanto las asociaciones de mineros como los grupos de danza *kalela* mostraban la complejidad, continuidad e implicación personal en la relaciones sociales. La etnicidad, en el contexto de las ciudades coloniales, donde la gran ruptura se establecía entre británicos y africanos, es el resultado de la asociación, de la búsqueda de los elementos comunes y compartidos, que dejan sin efecto las diferencias y las rivalidades inter-tribales que dividían en un principio a los trabajadores urbanos zambianos.

Las nuevas formas de identidad urbana, que no suplantán a las anteriores, pero que se superponen, trazan un camino hacia la construcción de una unidad de acción que trata la diversidad cultural interna de manera que no sea un obstáculo para la participación y la inserción social. Indiscutiblemente la existencia de un frente común, en el marco de unas relaciones sociales marcadas por la presencia colonial y la explotación de clase, tiñen a estas formas de asociación intertribal de un componente reivindicativo (casi sindical) muy elevado (Little, 1965). La heterogeneidad, pues, no constituye necesariamente la antesala del conflicto social. Existen formas distintas de heterogeneidad, que además no son siempre dependientes del tamaño y de la densidad urbanas. La heterogeneidad (identitaria y cultural) tiene espacios propios en la vida familiar y ritual para manifestarse, e incluso reforzarse, pero ello no es obstáculo para la aparición de nuevas identidades adscriptivas³.

Una ilustración de un proceso de construcción de una identidad urbana, que convive y se alimenta de viejas identidades regionales (y que sobrevive a las enormes mudanzas sociales, económicas y morfológicas de la ciudad), la tenemos en Lisboa. Se trata de la participación de los denominados *barrios populares de Lisboa en las Marchas de los Santos Populares* (San Antonio, San Juan y San Pedro), en el ciclo festivo de la ciudad que se celebra anualmente en la segunda mitad del mes de junio. Como ha establecido de manera minuciosa la profesora Graça Cordeiro (1997), el origen de esta celebración data de los años 1930. Existían abundantes expresiones religiosas y festivas anteriores de carácter espontáneo, en Lisboa y en el resto de Portugal, basadas en la devoción a estos tres santos, especialmente a partir de mediados de los años 20, pero su definitiva fijación como espectáculo y expresión del rico patrimonio cultural popular de los barrios de Lisboa corresponde a la iniciativa del gobierno municipal de la ciudad, en el contexto político más amplio del *Estado Novo*.

Este ciclo festivo se compone de dos elementos básicos, la verbena al aire libre que se organiza en cada barrio y, por otro lado, la celebración de las *Marchas* o pasacalles. Éstas son organizadas a lo largo de todo el año y representadas en estos días por los vecinos de los barrios, que acuden con sus vestidos «típicos» (si bien éstos son modificados año a año), emblemas, adornos

³ Tenemos ejemplos bien expresivos, y cercanos, de esta idea. En primer lugar recordemos la movilización de los inmigrantes extranjeros en Barcelona durante los meses de marzo y abril de este año. Pakistaníes, ecuatorianos, colombianos, centroamericanos, junto a magrebíes y subsaharianos, unidos frente a la agresión institucional que representa la nueva Ley de Extranjería. En segundo lugar el caso de la movilización de los más de cincuenta pueblos indígenas de México, bajo el liderazgo del EZLN, reunidos en Nurio (Michoacán) a inicios del mes de marzo, para apoyar y dar cohesión al movimiento que se articula alrededor del Congreso Nacional Indígena en esta nueva etapa de la vida política mexicana.

y *arcos* hacia las calles del centro de Lisboa, especialmente la Avenida da Liberdade, a donde acuden decenas de miles de personas a contemplar el espectáculo⁴. Cada barrio compite con los demás, tanto por la brillantez de su escenografía, como por medio de canciones y coreografías, que pretenden mostrar la esencia específica y constitutiva del barrio entendido como comunidad, que reinterpreta y muestra su identidad y su memoria colectiva. De alguna manera, el significado específico de cada barrio está inscrito en su propia historia (urbana y nacional). Unos son los barrios constitutivos de la ciudad, desde su reconquista medieval (Alfama, Castelo, Bairro Alto y Moureria), otros exhiben las marcas de su identidad profesional y de su origen regional (como las *varinas*, vendedoras callejeras de pescado, originarias de la región norteña de Ovar, que son el emblema perenne del barrio de Madragoa), otros barrios, surgidos de la expansión de inicios de siglo, representan la juventud de una población inmigrada, llegada desde todos los puntos de Portugal (Campolide, Benfica, Campo de Ourique y Chelas), otros se distinguen por su vocación marinera (Alcântara y Ajuda).

El vigor con el que se mantienen estas celebraciones urbanas en Lisboa son la expresión de su doble papel simbólico, en el ámbito urbano general y en el barrial. No hay duda de que las *Marchas* constituyen uno de los puntos álgidos de la sociabilidad lúdica lisboeta, en las cálidas noches del mes junio, antes de que buena parte de los habitantes de la capital empiecen a dispersarse en las segundas residencias estivales. En síntesis, constituye una celebración de la identidad lisboeta, que se expresa mediante la diversidad colorista de unos símbolos particulares, que pretenden afianzar una memoria colectiva sobre los orígenes y los emblemas del mosaico urbano: orígenes regionales, oficios, tipos humanos, edificios, formas de sociabilidad y otros elementos patrimonializados.

Estampas, en definitiva, de un pasado que se resiste a desaparecer frente al empuje del crecimiento urbano y el indiscutible proceso de aburguesamiento, turistización y relocalización de la población⁵. Muchos de los espacios emblemáticos para la sociabilidad de los habitantes proletarios de estos *barrios populares* (Bica, Moureria, Alfama o Madragoa, entre ellos), como las viejas tabernas donde se organizaban espontáneamente veladas de *fado vadio*, o han sucumbido frente al empuje de los constructores que reahabilitan o construyen *ex novo* en dichos barrios para cubrir la creciente demanda de las clases medias y profesionales, ansiosas de convivir con el imaginario popular de los viejos ba-

⁴ Los *arcos* son adornos que acompañan las procesiones o *Marchas*. Su nombre deriva, literalmente, de los adornos en forma de arco de madera decorado con guirnalda de flores.

⁵ A falta de un término más específico en castellano, he utilizado la expresión *aburguesamiento*, para referirme a lo que en inglés se denomina *gentrification*.

rrios, o bien se han convertido en establecimientos para fadistas profesionales, que se orientan a la creciente demanda turística de los visitantes de la ciudad⁶.

Hay que destacar el proceso de resignificación simbólica de estas celebraciones en la historia lisboeta. Esta celebración festiva nace y se consolida bajo el régimen salazarista, como una expresión del enraizamiento rural de las capas populares de la capital, que le dan a ésta un sello particular, como lugar de acogida de los portugueses de todas las regiones. Se trata de una celebración de la diversidad regional bajo la óptica de un nacionalismo paternalista, ruralizante, tradicionalista, católico y anti-extranjero. Para el lector español no será nada difícil establecer correspondencias con las celebraciones sindicales españolas del día primero de mayo y sus exhibiciones de bailes regionales a cargo de la Sección Femenina de la Falange. Pero, a diferencia de estas celebraciones «oficialistas» del sindicalismo vertical español, cuya casposidad y falta de atractivo la reducían a un ritual «de obligado cumplimiento», sin ningún atractivo popular, las celebraciones lisboetas arraigaron entre el público de la ciudad y, sobre todo, entre sus protagonistas (las gentes de los barrios que marchaban y danzaban), dando lugar a una celebración verdaderamente popular, de la que se apropió la ciudadanía.

La explicación a este proceso de enraizamiento y legitimación de una iniciativa de las autoridades municipales del Estado Novo hay que buscarla en la dimensión competitiva que tuvieron desde el mismo momento de su establecimiento y fijación en el orden ritual. Se trataba de una competición entre barrios, de una lucha por una primacía simbólica, que poseía elementos de compensación frente a la pobreza bastante mísera que definía las vidas cotidianas de sus protagonistas. Preparar las *Marchas*, tarea que lleva a los vecinos de cada barrio a un trabajo continuado que dura casi todo el año, servía además como elemento de cohesión colectiva y de promoción individual. Especialmente los líderes de cada barrio, con motivo de las gestiones y preparativos de las *Marchas* mantenían una vinculación asidua con funcionarios y autoridades municipales, que ejercían de mediadores y que proporcionaban relaciones y contactos de toda índole, que servían para una promoción social y laboral bastante segura.

⁶ El profesor Joaquim Pais de Brito ha explorado profundamente los itinerarios históricos del fado en la ciudad de Lisboa, así como la diversidad y heterogeneidad de elementos simbólicos, significados y actores sociales que lo han producido y reproducido a lo largo del tiempo. El fado no ha sido solamente la expresión de los actores sociales urbanos, sino que hasta mediados del siglo xx eran reconocidos puntos de encuentro fadista algunos pequeños restaurantes campestres, fuera de las puertas de la ciudad, cuando Campo Grande era todavía un lugar de destino en las vacaciones, como Tia Iria, Ferro de Engomar, José dos Pacatos o Perna de Pau (Brito, 1999: 28-29). Mucho más recientemente, el fado se ha asociado a la oferta turística, que se concentra en algunos lugares precisos de Lisboa, que distorsionan la amplitud y espontaneidad con que se manifestaba esta expresión musical hasta hace bien poco tiempo.

Por otro lado, introducir un elemento lúdico en la sociabilidad cotidiana, que servía además para visibilizar hacia el exterior la propia imagen colectiva, frente a otras, poseía un importante componente aglutinador del sentimiento comunitario. La vida de muchos de estos barrios ha sido, hasta hace bien poco, una vida orientada hacia su interior, muy marcada por un control social estricto y por una sociabilidad de *becos* y *cantinhos*, que no distinguía casi entre espacios públicos y privados. En Madragoa, durante los años 1989 y 1990, pudimos observar constantemente a pequeños grupos de hombres y mujeres, reunidos informalmente durante horas, hablando de puerta a puerta desde sus casas⁷, o sentados en la esquina de una de sus estrechas callejuelas, o en algunos de los cortos callejones sin salida (*becos*) que delimitaban la entrada de varias viviendas.

Como en una aldea, era imposible observar sin ser observado. Cuando empezamos a conocer a varias de las personas del barrio y comenzamos a hacer entrevistas, era frecuente que nuestros informantes supieran con exactitud qué habíamos estado haciendo desde nuestra última entrevista, a quién habíamos visto, dónde habíamos estado y hasta dónde teníamos aparcado el coche. No solamente éramos reconocidos como individuos, sino que algunas de las personas intentaban relacionarnos, en el ámbito más amplio de la ciudad, con las «personas importantes» de las que ellas tenían noticia. En varias ocasiones fue evidente que su disponibilidad a charlar con nosotros, tejida por nuestra parte como una complicidad compartida, que tenía las fiestas locales y su participación en las *Marchas* como elemento principal, se concebía como una estrategia en busca de una reciprocidad en forma de peticiones concretas de mediación frente a entidades públicas para conseguir subsidios, resolución de problemas burocráticos o amparo.

Igual que en el mundo de las aldeas, los agentes externos han de ser «civilizados», clasificados, para eliminar el potencial amenazador y distorsionador del que son potencialmente portadores. El agente externo puede ser, al mismo tiempo, el medio para la resolución de conflictos o problemas burocráticos que el escaso conocimiento, entre los vecinos, del entramado institucional no está en condiciones de solventar. Así, la experiencia reflexiva de nuestra propia manera de entrar y de relacionarnos con la gente del barrio fue un medio para comprender el papel de los mediadores locales (muchos de ellos responsables de la organización de las *Marchas*) en su estratégica ubicación entre el mundo de la ciudad y el mundo interior, comunitario.

⁷ La estrechez de las fachadas de la mayoría de las casas del barrio de Madragoa no permiten la existencia de más de un vano por fachada. Por ello, en las plantas bajas, la solución constructiva más frecuente es la de puertas bajas de acceso a las casas cortadas por la mitad, de manera que la mitad baja sirve propiamente de puerta, y suele estar cerrada, mientras que la mitad alta es de vidrio y funciona como ventana. Ésta suele estar abierta y, desde ella, las mujeres controlan el paso de la gente por la calle o, asomadas, hablan con sus vecinas.

Existe, por otro lado, una clara analogía entre este dispositivo político y festivo del salazarismo a nivel urbano, la celebración lisboeta de las *Marchas* de los Santos Populares, con la concesión anual de un premio a la «aldeia mais portuguesa» dentro del ámbito nacional. Cada año se premiaba a aquella población rural que más y mejor había adecentado sus calles y decorado sus fachadas. Frente al aislamiento internacional, la pobreza y el estancamiento económico, estos estímulos eran una válvula de escape para las autoridades políticas como medio para fomentar un cierto orgullo colectivo por parte de la ciudadanía portuguesa.

El significado actual de las celebraciones del mes de junio en Lisboa, tal como hemos podido comprobar etnográficamente a inicios de la década de los años 90, reviste rasgos bien distintos a los señalados. A nivel urbano su significación primera es llenar un espacio simbólico central dentro de la oferta turística. Para los actores barriales, que siguen protagonizando la preparación y la representación de las *Marchas* callejeras, éstas constituyen el punto de apoyo más substantivo para reclamar su identidad urbana primordial y su condición de «verdaderos vecinos» del barrio, frente a la intrusión de los «nuevos vecinos» y de los abundantes locales comerciales, restaurantes y cafeterías, que están cambiando, poco a poco, su configuración social y su ambiente cotidiano.

El proceso que experimenta Madragoa puede servir de indicador de un proceso más general del que el caso del Bairro Alto sería el ejemplo más extremo. En efecto, el Bairro Alto ha abandonado definitivamente su condición de barrio obrero, donde convivían las casas de comida baratas con las redacciones de los periódicos locales, los traperos, las casas de empeño, de las que nos habla en su *Guía de Portugal* el polígrafo lisboeta Raúl Proença (1988: 327-328)⁸. Desde hace dos décadas el Bairro Alto es un centro urbano de servicios, donde conviven restaurantes, bares musicales, discotecas y otras ofertas lúdicas y comerciales. Durante la noche, especialmente, sus calles están llenas de gente, especialmente joven, que genera un gran bullicio, incompatible con el descanso de los vecinos⁹. Poco a poco, el barrio se ha ido vaciando

⁸ La edición original de la *Guía de Portugal* data de 1924. La edición que yo cito es la edición facsimilar, promovida por la Fundación Gulbekian, aparecida en 1988.

⁹ Existen dos ambientes claramente diferenciados: al mediodía, cuando los abundantes restaurantes del barrio se llenan de turistas, visitantes y de empresarios en comidas de negocios, respecto de la noche. En esta hora convive un sector de jóvenes, muchos de ellos estudiantes, junto a los homosexuales (debido a la promoción del barrio como sitio de ambiente) y consumidores y distribuidores de droga. Los restaurantes también trabajan con grupos de turistas y de jóvenes, pero menos que al mediodía. Por otro lado, el ambiente juvenil nocturno ha decaído, ya que ha sufrido la competencia de las nuevas áreas lúdicas que se han creado recientemente en la zona de las Docas, junto al río, y en el antiguo recinto de la Expo.

de residentes (tan solo queda una escasa población envejecida) y los alojamientos han sido substituidos por oficinas y todo tipo de empresas. La violencia nocturna va incrementándose, como puede constatarse a través de la prensa¹⁰. El barrio ya no pertenece a sus exiguos residentes, sino a una población marginal que se dedica al tráfico de drogas y a una heterogénea población visitante formada por lisboetas jóvenes, visitantes casuales y turistas. Dado el carácter multirracial del barrio, constituye también un lugar favorito para las acciones violentas de los *skin-heads*¹¹.

El barrio de Madragoa, por otro lado, se ha relacionado, a lo largo del siglo XX, con las actividades fluviales y marítimas (pesca, industria conservera, marina mercante, estiva, etc.). El geógrafo portugués Jorge Gaspar nos da noticia del sitio, denominado entonces Mocambo, cuando éste no era más que un asentamiento periférico de Lisboa, donde el rey Diniz hizo construir a inicios del siglo XIV un convento, cerca de donde su padre (Don Alfonso III) había construido un palacio (Gaspar, s.f.). En la primera mitad del siglo XVIII, con el crecimiento e impulso arquitectónico de la ciudad, esta aldea, ya cercana al centro urbano lisboeta, se consolida urbanísticamente y ve incrementado su patrimonio monumental con la creación del Convento de la Trinidad (denominado popularmente Convento das Trinas). Hoy dicho convento, compartimentado su espacio, sirve de habitación para familias pobres del barrio. Durante el resto del siglo XVIII y XIX Madragoa era un espacio muy poco densamente habitado, que poseía numerosos palacios y conventos y servía de límite al aristocrático barrio de Lapa.

El gran crecimiento del barrio no se produce hasta inicios de este siglo, con la llegada de numerosa población procedente de la costa norte de Portu-

¹⁰ La edición digital del periódico *O Dia* (13/07/00), por ejemplo, se hace eco de un suceso acaecido en la noche del 8 a 9 de abril de 2000, cuando un grupo de estudiantes universitarios, después de cenar se encuentran con la agresión que tres jóvenes africanas estaban infringiendo a un hombre que estaba caído y con signos de inconsciencia. Dos de los jóvenes universitarios quisieron intervenir y fueron acuchillados en el rostro sin mediar palabra. Los compañeros de estos últimos montaron una campaña a través del correo electrónico e instalaron una web para difundir el suceso, que todavía hoy es consultable. No sabemos si lo inusitado del suceso o la ola de inseguridad y miedo entre los lisboetas, acostumbrados a una ciudad tranquila, han sido los detonantes de la aparición por diferentes medios, muchos de ellos de Internet, de versiones y variantes del suceso. Estamos cerca del estilo de leyenda urbana que, según parece, ya tiene a una heroína de la violencia joven. Una joven mulata, llamada Rute, de 19 años, de la que se dice que practica una violencia extrema en sus acciones de robo con intimidación, marcando a sus víctimas en la cara.

¹¹ La revista electrónica portuguesa SAPO, en su edición del día 8 de mayo de 2001, contiene un artículo sobre la violencia racista en Portugal y narra diferentes acciones violentas de grupos neonazis y de *skin-heads*. Resulta especialmente cruda la narración del ataque del que fueron objeto varios ciudadanos caboverdianos la noche del 10 de julio de 1995 por parte de una veintena de *cabezas rapadas* en el Bairro Alto y que causó la muerte de Alcindo Monteiro.

gal, del Concejo de Ovar, Distrito de Aveiro. De los 3.500 habitantes del barrio, aproximadamente el 40% proviene, o es descendiente directo, de este enclave norteño (Pujadas, 1994:12)¹². Parece fuera de toda duda que del topónimo Ovar y de su gentilicio *ovarina* proviene el término *varina*, con el que eran conocidas las famosas vendedoras callejeras de pescado, procedentes de este barrio. Aunque este tipo de venta ambulante fue prohibido hace más de treinta años por razones higiénicas, el personaje de la *varina* sigue condensando la identidad endógena y exógena del barrio y es un emblema comunitario, cuya rememoración suele protagonizar la participación del barrio en las *Marchas* y que, por ello, ha sido un símbolo identitario apropiado por la ciudad como un todo¹³.

Actualmente Madragoa, sin llegar a los extremos del Bairro Alto, ya comentados, o al también drástico proceso de desplazamiento poblacional, urbanístico y funcional de otros barrios, como Mouraria o Alfama, está experimentando ese proceso de aburguesamiento tan característico de los procesos recientes de revalorización de los cascos antiguos, resultantes, tanto de las políticas municipales de remodelación del tejido urbano, relacionadas con la escasez de suelo urbanizable en las zonas centrales como, también, de la evolución del gusto y de la moda entre las capas profesionales e intelectuales, que son una parte de los destinatarios de estas operaciones. Toda esta población con empleos precarios y que siempre anduvieron en el umbral de la pobreza, con una vivienda de alquiler y bastante precaria, constituyen una población envejecida. Muchas personas mayores, cuando empiezan a perder su autonomía por razón de la edad, acaban marchando al área sur del río Tajo, donde vive la mayoría de sus hijos y descendientes.

A medida que las viviendas, viejas y ruinosas, se van desocupando, sus propietarios las venden a inmobiliarias o, si poseen capital suficiente, invierten en su remodelación o en edificaciones nuevas, para ofrecer apartamentos convencionales a las parejas jóvenes y de mediana edad de las capas medias-altas lisboetas, que desean recuperar el centro de la ciudad y, sobre todo, que

¹² La llegada de todos estos contingentes poblacionales a la capital de Portugal no se explica tanto por la demanda de la industria y del resto de sectores productivos del área lisboeta, como por la crisis reproductiva del sistema agrario y pesquero en las regiones de origen.

¹³ No siempre las imágenes de un barrio se corresponden con las prácticas cotidianas de sus vecinos. Hoy en día pocos vecinos de Madragoa tienen algo que ver con la pesca o con las actividades fluviales o marítimas. Sin embargo, en los años 40, prácticamente la mitad de la población vivía de actividades marítimas (34,8%), vendiendo pescado (4,9%) o como estibadores (2,6%), según el *Inquérito habitacional* (1941). Un 17% de la población, toda ella femenina, se dedica a actividades domésticas en diferentes barrios y distritos de la ciudad (entre ellas dos docenas de lavadeiras, que ejercían su trabajo en el lavadouro del barrio): Hay, además, obreros (6,9%), empleados de comercio (6,1%), funcionarios (5,4%), vendedores ambulantes (5%), mecánicos (5%), comerciantes (5%) y chóferes, (3,6%).

valoran el valor añadido simbólico de este tipo de tejido urbano. Algunos de estos nuevos vecinos, agentes de este proceso transformador, se convierten paradójicamente en los primeros defensores del conservacionismo urbano, ya que su proyecto personal no consiste en expulsar a la población popular preexistente, sino en convivir con ella¹⁴. Se trata de urbanitas desarraigados de referentes territoriales urbanos en busca de una identidad, que constituyen la base de ese nuevo fenómeno del *nuevo localismo*, que propuso Sandra Wallman (1993:65)¹⁵. Este nuevo localismo es palpable actualmente, tanto en antiguas aldeas campesinas, fagocitadas actualmente como dormitorios periurbanos, y que han crecido gracias a esos *commuters* expulsados desde los centros urbanos, como en los viejos barrios obreros, ganados para el mercado y para el disfrute de esas otras capas medias-altas que pueden satisfacer los elevados precios del mercado inmobiliario. Volveré sobre este tema dentro de unas páginas, a propósito de la *región saloia*, ubicada al noroeste de la ciudad de Lisboa.

CIUDADES, METRÓPOLIS Y REGIONES METROPOLITANAS

Ya hemos revisado la incapacidad de la dicotomía rural/urbano, así como la de su versión gradualista en la obra de Redfield, para dar cuenta de la compleja articulación entre lugares de residencia, poblaciones y actividades económicas y profesionales. Pero, si en algún momento histórico este dualismo

¹⁴ Este fenómeno de inmersión en los asuntos del barrio, y muy especialmente en el asociacionismo dirigido a la preservación del patrimonio material e inmaterial que constituye el conjunto de emblemas identitarios de la pequeña comunidad urbana dentro de la gran metrópolis, tiene un paralelo interesante en el barrio o colonia de Coyoacán en México DF, estudiado por la profesora Patricia Safa. En esta magnífica área residencial mexicana, antigua villa residencial de Hernán Cortés, conviven grupos indígenas de arraigo secular, junto a diferentes sectores obreros y de clases medias-altas y altas, disputándose la hegemonía territorial y la hegemonía en la interpretación de su significado histórico y patrimonial. Todo ello en el marco de una inagotable avalancha de turistas que pugna por contemplar las abundantes bellezas que atesora el barrio (Safa, 1998).

¹⁵ Wallman se refiere al creciente nomadismo residencial, que se extiende desde los grandes centros metropolitanos hasta áreas cada vez más distantes. El precio del suelo urbano, cada vez más elevado y lejos del alcance de la mayoría de las economías familiares, junto al predominio cada vez mayor del modelo de residencia unifamiliar, ha creado entre las capas medias de las sociedades occidentales una tendencia hacia ubicaciones residenciales que distan bastantes decenas de kilómetros de los centros urbanos. En el caso de Lisboa la *región metropolitana* se extiende hoy en día hasta Cascais en el oeste, hasta Santarém y Peniche por el norte, hasta Setúbal por el sur y hasta Évora por el este. Este fenómeno, si no va acompañado, como es el caso de Lisboa, de muy buenas infraestructuras ferroviarias, es la causa principal del caos circulatorio diario entre los *commuters* que diariamente se desplazan desde sus lejanas residencias hasta sus puestos de trabajo urbanos.

se muestra inoperante e incapaz de servir, ni tan sólo como modelo heurístico, es en la actualidad, cuando resulta cada día más frecuente encontrar ejemplos de ciudades que, con su crecimiento, se convirtieron en metrópolis y que, en la actualidad, son el centro neurálgico de *regiones metropolitanas*, más o menos grandes, en las que se extiende la influencia cotidiana de los centros de decisión urbanos, no solamente sobre el territorio de éstas, sino sobre la vida cotidiana de sus gentes, sobre sus actividades y sobre sus estilos de vida. Por ello, hoy en día es difícil establecer quién es urbanita y quién no.

Uno de los primeros rasgos caracterizadores de los centros urbanos de las regiones metropolitanas es la tendencia de éstos a perder población residente. La densidad poblacional decrece, a medida que aumenta la densificación de los subcentros periurbanos y de los perímetros excéntricos, que antaño constituían zonas de producción agraria. En los dos últimos decenios se ha ido acrecentando en Europa una crisis en la planificación urbana de viviendas sociales, así como un encarecimiento especulativo del precio del suelo, con lo que la adquisición de vivienda en los centros urbanos se ha convertido en un objetivo inalcanzable para la mayoría de las economías familiares (Lichfield, 1990: 152 y ss.). Al mismo tiempo, esta lucha por ese bien escaso, que es el suelo urbano, se ha incrementado en la medida en que los agentes locales (compradores particulares y empresarios) se han tenido que enfrentar a agentes internacionales, pertenecientes a grandes grupos económicos, que han tendido a transnacionalizar sus inversiones en diferentes países. El caso de Madrid durante los años 80, analizado por Castells (1990: 17-64), nos muestra cómo la calidad de vida de los madrileños ha descendido de manera significativa como consecuencia directa de la intensificación de la actividad industrial y de servicios, que fue especialmente espectacular entre 1985 y 1988. Sin embargo, el sector que más ha crecido, tanto en Madrid, como en el resto de grandes capitales españolas, sobre todo Barcelona y Sevilla, ha sido el sector inmobiliario y el de las obras públicas, especialmente durante las obras previas a la celebración de la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona.

En cualquier caso, resulta evidente que uno de los factores principales en el cambio de rumbo acelerado de las ciudades españolas ha sido la incorporación de España a la Unión Europea:

La integración económica en Europa, que reforzó la articulación de España con la economía mundial e hizo de sus grandes ciudades, y en particular de Madrid y Barcelona, los elementos de articulación de los dispositivos de gestión, innovación y comercialización que caracterizan el papel de las llamadas «ciudades globales» en la red de flujos de la nueva economía mundial (Castells, 1990: 24).

La transnacionalización de la economía, o globalización si se prefiere este término, no es la única variable a ser considerada, aunque tal vez sea la más condicionante en los procesos de mutación metropolitana. Hannerz (1998: 205 y ss.) destacaba de manera especial el papel cultural que desempeñan lo que él denomina *ciudades mundiales*. A propósito de esto, resulta imprescindible detectar quiénes son los nuevos agentes sociales que irrumpen en la escena urbana y metropolitana de manera determinante. El mismo Hannerz identifica cuatro: (1) los agentes financieros y empresariales, que defienden intereses transnacionales, (2) la mano de obra que afluye hacia estas grandes concentraciones metropolitanas desde los países del llamado Tercer Mundo, (3) el grupo de profesionales que él denomina *especialistas en actividades de tipo expresivo* (diseñadores, artistas, intelectuales, investigadores, entre ellos), y (4) los turistas.

Fijémonos que en este catálogo de nuevos agentes sociales urbanos existe un rasgo común que comparten todos ellos: la *movilidad*. Sin duda se trata de una movilidad de naturaleza muy diferente. El primer grupo, el de los ejecutivos empresariales entra y sale constantemente, vive más en el avión que en una ciudad concreta¹⁶. El segundo grupo, los obreros del Tercer Mundo, debido a un estatuto de ciudadanía muy limitado o a la condición tan frecuente de residentes ilegales, está en un proceso constante de movilización espacial, a la búsqueda de trabajo. Muchos de ellos ejercen labores poco o nada cualificadas en el sector agrícola y cambian constantemente de lugar de trabajo, sin embargo todos circulan constantemente entre ciudades, ya que en ellas suelen encontrar los contactos y las redes de relaciones necesarias para su subsistencia¹⁷. El tercer grupo, por la propia naturaleza de su papel social son visitantes puntuales de una metrópolis, que asisten a una convención, congreso, espectáculo, desfile o festival y constituyen una categoría numéricamente poco elevada de visitantes ilustres. Finalmente, los turistas son aquel grupo que, mediante la capacidad movilizadora de los operadores turísticos, acaba de

¹⁶ Se ha dicho hace poco a propósito de ellos que, más que vivir en una ciudad, viven entre ciudades. Con ello se enfatiza uno de los rasgos caracterizadores de la globalización: la deslocalización. Una deslocalización que afecta, no solamente a los actores sociales «globalizados», sino también al conjunto de actividades que desarrollan, que se inserta en una red de relaciones y de flujos de carácter policéntrico.

¹⁷ Recordemos a este respecto el trabajo clásico de la Escuela de Chicago, firmado por Neils Anderson, *The Hobo* (1961), en el que describe la figura de este «obrero itinerante» que trabaja en actividades discontinuas, normalmente de bracero agrícola en épocas de cosecha y siguiendo itinerarios estacionales prefijados. Chicago es el lugar de encuentro, donde habita en hoteles baratos o pensiones, para descansar y, a la vez, para lograr nuevas contrataciones. Este obrero vagabundo se confunde con otras figuras, socialmente más decadentes y estigmatizadas: vagabundos, vagos o mendigos. La mayoría de ellos eran antiguos obreros itinerantes a los que la edad o el alcoholismo los relegaba a esta condición marginal.

completar la lista de reservas de los hoteles, acude a museos, exposiciones y centros lúdicos y permite rentabilizar las abundantes y crecientes infraestructuras y equipamientos que, pensando sobre todo en el primer y en el tercer grupo, se van erigiendo sin cesar en las grandes ciudades.

No se nos oculta que estos cuatro actores son los que dan a una ciudad su dimensión cosmopolita e internacional. Sin embargo, tanto los medios de comunicación, como los científicos sociales hemos ido creando una categoría especial, que ha hecho mella en la opinión pública y en el lenguaje político, para el tipo de cosmopolitismo que aportan los nuevos agentes sociales que pertenecen al segundo grupo, los inmigrados extranjeros provenientes de países pobres: ellos no aportan cosmopolitismo a las ciudades occidentales, ellos introducen la *multiculturalidad* y la *pluralidad étnica*. Estos términos, obviamente, no son neutros. Están indisolublemente unidos a un planteamiento conflictualista, cuando no etnocéntrico, de las relaciones sociales urbanas. Ya que, no nos engañemos, el hecho de que la ciudad se llene de turistas, agentes financieros y empresariales transnacionales o de artistas, intelectuales, gente del mundo de la moda y de la farándula es concebido como una bendición, como la *prueba del interés y del atractivo de una ciudad*. Que esa presencia cosmopolita requiera de la contribución de mano de obra extranjera es un mal, es un problema serio para la convivencia. Así, al menos, puede colegirse de las actitudes y del discurso mediático, institucional y popular¹⁸.

Si leemos estos cambios de la cotidianidad urbana desde la perspectiva de los urbanitas, comprobaremos que esta construcción social que discrimina a unos agentes transnacionales respecto a los demás, tiene su origen en una multiplicidad de factores. En primer lugar, los obreros transnacionales constituyen (real o imaginariamente) una competencia para los obreros locales por ese bien escaso que es un puesto de trabajo. En segundo lugar, son también competidores por el espacio urbano. Se «apoderan» de barrios y distritos urbanos y su visibilidad se hace ominosa, cuando a su presencia física se suman

¹⁸ Pueden parecer paradójicas las percepciones basadas en el sentido común, pues resulta bien patente que los grandes competidores de los urbanitas residentes de cualquier ciudad son los otros tres grupos de nuevos agentes externos. Son ellos los que promueven y/o posibilitan las grandes operaciones urbanísticas que encarecen el precio del suelo urbano y vacían distritos residenciales enteros de la ciudad para crigar sus grandes infraestructuras e instalaciones comerciales, turísticas, de exposición, culturales, etc., relegando a los viejos residentes a un desplazamiento hacia la periferia de la ciudad o, mucho más lejos, hacia la búsqueda de vivienda en lugares mucho más alejados dentro de una región metropolitana. Las ciudades, y especialmente sus nuevos centros «posmodernos», pertenecen cada día más a estos agentes externos y a sus aliados e intermediarios municipales (políticos y agentes empresariales locales), que a los residentes. Esas capas sociales populares, distraídas en su confrontación con los nuevos residentes tercermundistas, no se percatan de que están siendo desalojados y desposeídos de su ciudad por el resto de nuevos agentes.

los prejuicios que los «viejos residentes urbanos» tienen sobre su cultura, su lengua o su religión¹⁹. El racismo latente en las sociedades receptoras de población inmigrada y la desconfianza genérica hacia lo desconocido (xenofobia) se ve retroalimentada por el hecho de que se trata de población pobre y porque se pone en cuestión el nivel de «civilización» del que es portadora la cultura que ellos representan. En el caso concreto de España o de Francia la presencia de los colectivos magrebíes está revestida de una agresión simbólica a la nación. En efecto, el *moro* es la categoría contra la que se construye la historia de la nación española, la historia romántica y nacionalista que insiste en la idea de una cruzada secular y continua para caracterizar la Reconquista. En el caso de Francia los magrebíes argelinos recuerdan a todos los franceses la más bochornosa derrota de su ejército colonial. Una derrota tan reciente que todavía no ha cicatrizado.

Las relaciones entre nuevos y viejos residentes, en el marco de procesos de mutación social acelerada, tienden a ser conflictivas: unos cambios, que resultan incómodos o desconcertantes para los viejos residentes, y que tienen en los nuevos residentes su chivo expiatorio. Los cambios tienen orígenes y causas difusas, sin embargo, los nuevos residentes son una realidad palpable y definida y sobre ellos se suele proyectar la agresividad que genera la impotencia que produce el no saber leer o ubicarse en un presente que rompe con órdenes claros y previamente establecidos.

Hoy en día no es posible, como subraya Martinotti (1996), seguir sustentando un análisis de las nuevas formas de morfología urbana sobre la base de conceptualizaciones tales como patrones de residencia o unidades residenciales, ya que las relaciones entre población y territorio son tan dinámicas que las perspectivas estructurales nos dicen mucho menos de esa realidad que las perspectivas de tipo procesualista. Por otro lado, es indispensable insistir en la necesidad de un análisis de las metrópolis, y de sus áreas de influencia directa, en términos de *sistemas regionales* que integran grandes zonas metropolitanas constituidas por decenas o centenares de municipios y que giran en torno a los grandes centros urbanos.

Pero volvamos a la ciudad de Lisboa, que constituye nuestro objeto principal de reflexión y análisis. La explosión demográfica y urbana de Lisboa y,

¹⁹ La literatura sobre relaciones interétnicas en contextos urbanos abunda en referencias a los procesos de relocalización de sectores de la población autóctona, como resultado de la llegada de nuevos componentes poblacionales, pertenecientes a minorías étnicas. Éstos tienden a agruparse en lugares bien definidos de las ciudades, como resultado de la acogida de sus amigos y coterráneos, con los que forman las llamadas «cadenas migratorias». Estas formas de agrupamiento étnico son muy visibles en ciudades como Londres, París, Nueva York o Los Ángeles, pero es también perceptible en los casos de «nuevas ciudades mundiales» como Madrid, Lisboa o Barcelona.

más tarde, de su región metropolitana generó, tras la finalización de las últimas guerras coloniales de los años 70, un proceso creciente de flujos migratorios: por un lado, de los portugueses retornados y, por otro, de los ciudadanos de las excolonias, especialmente de Cabo Verde. Una ciudad pacata, cerrada sobre sí misma y relativamente homogénea, como Lisboa, se convirtió de la noche a la mañana, durante los años 80, en una metrópolis multicultural.

No voy a tratar, sin embargo, el tema de la multiculturalidad y del conjunto de procesos generados por la presencia del abundante contingente de residentes extranjeros en la región de Lisboa. Mi intención es más concreta y limitada y el objeto de estudio particular que deseo presentar para ilustrar el proceso de recomposición identitaria de la sociedad *alfacinha*, esto es, lisboeta, pueda quizás parecer un tanto etéreo y limitado, pero creo que resulta sumamente ilustrativo²⁰. Me refiero a lo que la literatura olisiponense conceptualiza como la *questión saloia*.

El término *saloio* designa al campesino periurbano de la ciudad de Lisboa, que habita la región noroccidental de la provincia de Estremadura. La historia romántica portuguesa y los especialistas en Estudios Olisiponenses inventan el mito del origen árabe de estos campesinos²¹. Este estigma originario atribuido a los saloios operó como categoría antagónica de la categoría de *alfacinha*. Como veremos, esta dualidad ha evolucionado de manera espectacular en el último decenio, acompañando al conjunto de procesos derivados de la metropolitanización de toda la región *saloia*.

Tanto las fronteras físicas, que separaban antaño a la ciudad burguesa de su periferia rural y campesina, como el conjunto de marcadores que permitían la neta diferenciación entre los actores sociales urbanos y sus vecinos rurales, han desaparecido casi por completo en el nuevo orden metropolitano lisboeta. Consideramos que una cabal comprensión del fenómeno *saloio* requiere de la recuperación de los dos sujetos históricos implicados en el proceso, a saber, el urbanita-*alfacinha* y el campesino-*saloio*. No es posible rescatar la historicidad del proceso sin delimitar el marco de las relaciones sociales, económicas y simbólicas bajo las que se produjo la *construcción social de la saloíe*.

Subscribimos las palabras pronunciadas por Paulo Costa durante las *II Jornadas sobre cultura saloia*, cuando afirma que:

²⁰ El término *alfacinha* designa al habitante de la ciudad de Lisboa o, más concretamente, al lisboeta de «pura cepa».

²¹ Por *Estudios Olisiponenses* debemos entender el acervo de aportaciones histórico-folkloricas que tratan desde una perspectiva local temas culturales relacionados con la ciudad de Lisboa. Uno de los principales órganos de expresión de este movimiento, originado en la segunda mitad del siglo XIX, es la revista *Olisipo*.

Parece-nos que o que se deverá tomar por objecto antropológico não é o Saloio (en quanto grupo cultural distinto dotado de uma origem histórica e de usos e costumes particulares, ou ainda de características físicas ou psicológicas distintas) mas, antes o discurso que sobre ele se tem produzido, ora para dele escarnecer, ora para o tornar inteligível à luz da História da cidade de Lisboa e do País. E, sobretudo, o facto de grupos sociais alargados (como, por exemplo, a população lisboeta de oitocentos e inícios do presente século), instituições de cariz político-administrativo, científico-pedagógico, etc., se terem servido do Saloio, mediante a utilização de discursos políticos enformados em acções de defesa de patrimónios e pretensas autenticidades e especificidades culturais, para fabricarem as suas próprias identidades (Costa, 1998: 102).

Efectivamente, son inseparables el proceso simbólico de mitificación estigmatizadora del *universo saloio* y el proceso paralelo de consolidación de una identidad urbana lisboeta: se trata de las dos caras de una misma moneda. Existe un dualismo implícito en todo el proceso de atribución de los supuestos rasgos diferenciadores del saloio tal como los presenta, por ejemplo, Raul Proença:

«Psicologicamente, caracteriza-o (o saloio) o espírito de rotina, a curteza de vistas, a avareza levada à sordidez, a essa sistemática atitude de desconfiança que sob o nome de *esperteza saloia*, tomou foros de proverbial, e foi filão aproveitado por muita veia cómica nos teatros de Lisboa» (Proença, 1988: 464).

La inteligencia lisboeta, desde Vasconcelos, Pimentel, Proença o Felgueiras hasta Cunha, Brito o Fontes, contribuyó a construir el perfil alfacinha en términos de cosmopolitismo, creatividad, visión de futuro, prodigalidad y confianza, al tiempo que negaba estas virtudes a sus pobres vecinos campesinos de los que, por otra parte, dependía para alimentarse y abastecerse.

Frente a la convivencia cotidiana entre alfacinhas y saloios en los mercados, recogida en las imágenes castizas de las ilustraciones y postales donde se representan los tipos *saloios* (la *lavadeira*, el lechero, el criador de ganado y de aves, el agricultor), los agentes ilustrados de la burguesía capitalina quieren imponer barreras simbólicas de diferenciación y sometimiento. La degradación y el envilecimiento de la imagen *saloia* son un medio fácil, pero eficaz, de destacar las virtudes de los habitantes de la ciudad: empleados, funcionarios, trabajadores, profesores o políticos. Todos ellos ilustrados y mundanos, al menos por oposición a los campesinos circundantes.

Son muchos los autores que se han preguntado por las causas de esta construcción simbólica, por este intento de circunscribir a la población restringida

del Noroccidente de Lisboa con los atributos estigmatizadores del supuesto y privativo origen árabe, en lugar de insistir en la importancia de este substrato civilizatorio para el conjunto de las tierras meridionales, ya no solo de Portugal, sino del conjunto de la Península. Los motivos parecen bastante evidentes, aún cuando falta un estudio detallado del proceso. Resulta inaceptable, como discurso identitario, que la idea de País, de Nación, representada emblemáticamente por la capital, pueda verse «contaminada» con unos orígenes culturales y raciales árabes de manera generalizada, pues, ¿cuántos son los habitantes de la ciudad que tienen sus raíces culturales en otros confines de Estremadura, Alentejo o Algarve? Esta herencia rechazada debe circunscribirse, localizarse, como medio para poder cercarla y aislarla. La imagen estereotípica del *saloio* no puede, ni debe, en este contexto simbólico y discursivo, confundirse con el emblema, diferenciador y paternalista, pero al fin y al cabo positivo, de *Zé Povinho*²².

El ensañamiento con el pobre vecino *saloio*, que analizan Consiglieri y Abel (1998: 163-171) a través de las publicaciones humorísticas y del género teatral de la *revista*, especialmente en el período del Estado Novo, nos muestran cómo, en muchos sentidos, el chiste fácil y la descalificación humillante son una cuestión de vecindad y de rivalidad, de afirmación social y de negación de la alteridad.

Da sedimentação das diversas formas de aculturação, embora fragmentada e sem saudosismo, resta-nos identificar que o cidadão se utilizou do *saloio* —do seu modo de vida e da sua cultura— para divertimento e gáudio, em atitudes preconceituosas, fruto de inevitável superioridade cultural e social, gerada no pensamento do cidadão ao longo do processo histórico da cidade e do termo (Consiglieri/Abel, 1998: 171).

Coincidimos con Costa (1998: 97) en que, más allá de las imágenes estereotípicas que se reproducen acríticamente como citas de autoridad, existe un enorme vacío de informaciones de primera mano, basadas en la observación directa sobre el terreno. Además, la única etnografía en profundidad realizada en la región *saloia* a inicios de los años 60, que posee por su singularidad un valor trascendental para conocer la vida cotidiana *saloia*, no ha sido referenciada nunca por ninguno de los especialistas lisiponenses en el tema que nos ocupa. Nos referimos al trabajo de Joyce Riegelhaupt (1964) sobre São João das Lampas.

²² La figura de *Zé Povinho* constituye, efectivamente un emblema, paternalista pero positivo, con el que se pretende representar la figura del campesino portugués: bajo de estatura, rechoncho, bonachón y con no muchas luces. La iconografía surge a inicios del siglo XX de la mano del famoso ilustrador Bordalo Pinheiro.

En esta detallada monografía la profesora Riegelhaupt traza un pormenorizado análisis de las transformaciones socio-económicas, políticas y demográficas que tenían lugar en esta aldea del concelho de Sintra. El interés fundamental de este trabajo es documentar el proceso de secularización de la sociedad local, la desaparición de los mediadores tradicionales, así como de las relaciones simbólicas y materiales que vinculaban a los habitantes de la aldea con la capital, en términos de comercio de productos agrícolas. La creciente industrialización de algunos de los núcleos al sur del Tajo, como Barreiro, empezaba a generar en aquellos años un proceso de emigración selectiva de aquellos habitantes de la aldea sin acceso a la tierra. Se iban rompiendo, por tanto, algunas de las premisas que habían vinculado de manera relativamente estable a las poblaciones urbanas y rurales de la región de Lisboa, especialmente aquellos lazos simbólicos estereotipados que encadenaban a los *saloios* a la tierra y a la actividad agrícola. Las fronteras espaciales son subvertidas, a través de la emigración, con lo que el universo *saloio* extiende sus fronteras, más allá del Tajo, para participar del proceso tardío de industrialización de Lisboa y de la creación de una cultura obrera, que se sobrepone a una cultura capitalina caracterizada por su condición de Capital administrativa.

Resulta evidente que este período crucial en la transformación de Lisboa, primero en una ciudad industrial y, después, en el centro de un sistema metropolitano (años 60 a 80) ha sido insuficientemente estudiado, por lo que respecta a las transformaciones de la región *saloia*. Ya que para ese período no parece haber otro estudio comparable al de la profesora norteamericana, parece que resultaría imprescindible para documentar ese proceso de cambio acudir a las historias de vida, para recuperar la memoria de los actores sociales que vivieron dichas transformaciones en diferentes localizaciones de la región. Los estudios de los últimos años, especialmente los desarrollados al amparo institucional de museos como el de Loures o de las universidades de la región lisboeta parecen garantizar un mayor conocimiento de las circunstancias nuevas que se producen con la definitiva metropolitanización de la región lisboeta, al norte del Tajo.

Más como hipótesis de trabajo o modelo heurístico, que como una propuesta cerrada, propongo una periodización que intenta establecer los diferentes estadios por los que ha atravesado el proceso de transformación socioeconómica, territorial y simbólica que acompaña la modificación de las relaciones entre *saloios* y *alfacinhas* a lo largo del siglo XX²³. Se trata de cuatro etapas:

²³ Esta es una versión modificada de la propuesta elaborada conjuntamente con el Prof. Luís Baptista, de la Universidade Nova de Lisboa, en el marco de las III Jornadas sobre Cultura *Saloia*, Loures, días 6 y 7 de diciembre de 2000 (Baptista y Pujadas, en prensa).

La región *saloia* permanece en una relación de autonomía con respecto a la ciudad de Lisboa. Se trata de una autonomía en el ámbito territorial y poblacional, pero no en el económico. La población *saloia* se especializa en aprovisionar a la capital de frutas, hortalizas, pan y servicios, como la limpieza de ropa. La diferenciación territorial y funcional entre Lisboa y alrededores es muy marcada. Esta situación se prolongaría hasta los años 40.

La región *saloia* empieza a ser ocupada por segundas residencias de población lisboeta y su territorio agrícola empieza a entrar, poco a poco en el mercado inmobiliario. Una parte de la población *saloia* empieza a emigrar a la periferia de la ciudad (especialmente hacia Barreiro), o bien cambia de actividad económica. Lo *saloio* y lo *alfacinha* empiezan a confrontarse a diario con una ligera modificación de papeles. Esta situación correspondería a la etapa que va de finales de los años 50 hasta mediados de los 70.

El crecimiento urbano y demográfico de Lisboa, junto al encarecimiento del suelo de la ciudad y de sus alrededores inmediatos, debido al proceso de terciarización económica, agudizan las tendencias de la segunda fase y se inicia, por otro lado, la suburbialización de los municipios más próximos a la ciudad. Ello comporta una modificación de las categorías de residente y de usuario urbano. Empieza a generalizarse el fenómeno de los *commuters*, esto es, el de la circulación diaria de miles de personas desde sus residencias periurbanas hacia sus centros de trabajo en la ciudad. Este fenómeno comporta una transformación drástica del sistema de carreteras, la creación de autopistas y una cierta mejora de la línea ferroviaria Lisboa-Sintra. Se trata del período en que el territorio *saloio* es apropiado de manera masiva por agentes *alfacinhas*. Esta fase empieza a inicios de los años 70 y se prolonga hasta la actualidad.

Se produce una reacción identitaria en los municipios *saloios* (Loures, Sintra, Malveira), que buscan fijar su identidad específica y diferenciada mediante acciones patrimoniales y un proceso de mercantilización de su «imagen de marca», a través de sus productos tradicionales, entre los visitantes urbanos de fin de semana. Esta tendencia local conviene a y es reforzada por los agentes económicos de la nueva metrópolis, pues se crean nuevos atractivos lúdico-turísticos que tienen su sede central en Lisboa y en su creciente capacidad para hospedar a turistas y visitantes. El mito *saloio* acaba de cristalizar y se seculariza. Esta etapa empieza a finales de los años 80 y se consolida en los noventa. La relación de esta etapa con el 25 de abril no es directa e inmediata, pero sí está relacionada con el refuerzo del poder local que se instaura en la democracia a través de la nueva Constitución. El nuevo poder local se reafirma frente al poder absoluto de la capital. En este contexto, reivindicar en positivo una identidad *saloia* constituye un acto de afirmación localista, que busca diferenciarse simbólicamente de Lisboa.

En una fase avanzada de metropolitanización, en que las viejas desarticulaciones sociales y territoriales son substituidas por un proceso de integración y, a la vez, de especialización funcional, el viejo símbolo estigmatizado del *salóio* se convierte en emblema de autenticidad y, al mismo tiempo, en una marca mercantilizada y mercantilizable, entendida como recurso al servicio de los *city users*, que también se convierten en *regional users*. Por otro lado, muchas personas pertenecientes a medios profesionales y del sector empresarial han adoptado viejas localizaciones del mundo rural *salóio* como primeras o segundas residencias. Ellos son, sin duda, los principales propagandistas de las virtudes olvidadas del territorio, de sus gentes y de sus productos agrícolas y artesanales. El territorio cerrado, remoto, rural, exótico y fiero de antaño se convierte hoy en emblema de calidad de vida y en síntoma de los nuevos valores de la sociedad del ocio. Los fines de semana grandes caravanas de autocares y de coches particulares actualizan su peregrinación laica hacia el que fuera un *no man's land* periurbano, convertido ahora en santuario de la identidad rural y regional.

HISTORIA, TERRITORIO, IDENTIDAD Y MEMORIA

Por medio de estas dos breves incursiones a los procesos de fijación de la memoria colectiva, que sirven de base para las construcciones identitarias, en el caso de Lisboa y de su región metropolitana, he pretendido ilustrar tres principios metodológicos básicos relacionados con el estudio de las ciudades y las regiones metropolitanas:

No es posible el análisis de las realidades urbanas sin tomar en cuenta el contexto más amplio de los hinterland o regiones periurbanas con las que la ciudad vive en una relación simbiótica o parasitaria. Con la hipótesis de Hannerz, en otros autores, sobre las ciudades mundiales y los procesos de transnacionalización, se enfatiza el hecho de que estos ámbitos de interacción cambian de escala y que el volumen de flujos de intercambio se incrementan de manera constantemente acelerada. Con esta perspectiva no solamente no hay espacio para un abordaje esencialista de la ciudad, sino que eso que denominamos ciudades, más allá de constituir una realidad delimitada administrativamente como entidades municipales, tienden a perder su especificidad territorializada para convertirse en meros enclaves de un sistema de flujos y redes ampliamente desterritorializado, difuso y de fronteras flexibles (Castells, 1997).

Tampoco es posible abordar un análisis sobre los mecanismos de fijación de la memoria y la construcción de identidades colectivas sin acudir al análisis de los procesos históricos. No se trata solamente de acercarse a la historia

de la ciudad, sino también a la historia regional y nacional para poseer las claves que nos pueden ayudar a desvelar procesos que tienen a una ciudad específica como escenario de un fenómeno de ámbito mucho más general. Tanto la construcción de las identidades comunitarias de barrio en Lisboa, como la comprensión del mito *salóio* requieren de una exploración más amplia en la historia nacional portuguesa.

Finalmente, es importante destacar el carácter dinámico y crecientemente policéntrico y desarraigado de las relaciones entre las ciudades y los agentes sociales. La movilidad, social y territorial, es uno de los principales signos caracterizadores de nuestros tiempos. Las grandes ciudades, como entidades administrativas con unos límites territoriales definidos, pierden población, mientras las áreas periurbanas no paran de crecer y de transformarse morfológicamente: ciudades dormitorio suburbanas, villas residenciales y antiguas aldeas campesinas convertidas en centros turísticos y de servicios, directamente dependientes de los agentes urbanos. La mayoría de las grandes ciudades ya no son simplemente ciudades, sino los centros logísticos de grandes regiones metropolitanas, formadas por una constelación de enclaves productivos, residenciales, lúdicos y de servicios, que están plena y directamente integrados en la vida cotidiana de las ciudades. Los flujos diarios de población que circula y se traslada por las arterias viarias y ferroviarias son una muestra de que, en estos nuevos complejos metropolitanos, actividad profesional y residencia no tienden a coincidir territorialmente. Cada actividad y cada función tienen su propio espacio acotado, concentrado y segregado del resto.

BIBLIOGRAFÍA

- AADD (1941): *Inquérito habitacional*. Lisboa: Instituto Nacional de Higiene.
- ANDERSON, N. (1961): [1923], *The Hobo*. Chicago: The University of Chicago Press.
- BAPTISTA, L. (1996): «Território e cultura *salóio*: a construção de (uma) identidade local?» en *OBS, Lisboa: Observatório das Atividades Culturais*, nº 6.
- (1999): *Cidade e habitação social*. Oeiras: Celta.
- y PUJADAS, J. J.: «Identidade e território: A questão *salóio* no contexto metropolitano», en *Actas de las III Jornadas sobre Cultura Salóio*. Loures: Câmara Municipal de Loures (en prensa).
- BASHAM, R. (1978): *Urban Anthropology. The Cross-Cultural Study of Complex Societies*. Palo Alto (CA): Mayfield.
- BRITO, J. P. DE, comp. (1994): *Fado: vozes e sombras*. Lisboa: Museu Nacional de Etnologia/Lisboa 94/Electa.
- (1999): «O fado: etnografia na cidade», en VELHO, G. comp., *Antropologia urbana. Cultura e sociedade no Brasil e em Portugal*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.

- CASTELLS, M. (1990): «Estrategias de desarrollo metropolitano en las grandes ciudades españolas: la articulación entre crecimiento económico y calidad de vida» en BORJA, J. et al., *Las grandes ciudades en la década de los años noventa*. Madrid, Editorial Sistema
- CONSIGLIERI, C. y ABEL, M. (1998): «O saloio no imaginário de Lisboa: conceitos, preconceitos e pré-conceitos» en AADD, *II Jornadas sobre Cultura Saloia*. Loures, Câmara Municipal de Loures.
- CORDEIRO, G. (1997): *Um lugar na cidade. Quotidiano, memória e representação no Bairro da Bica*. Lisboa: Publicações Dom Quixote.
- COSTA, P. F. (1998): «Em busca de uma identidade: os saloios», en AA.DD., *II Jornadas sobre Cultura Saloia*. Loures: Câmara Municipal de Loures.
- EPSTEIN, A. L. (1958): *Politics in an Urban African Community*. Manchester: Manchester University Press.
- FOX, R. (1977): *Urban Anthropology. Cities in Their Cultural Cities*. Englewood Cliffs (NJ): Prentice-Hall.
- GARCÍA-CANCLINI, N. (1990): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- GASPAR, J. (sin fecha): «O sítio: ocupação e organização do território» en *Scripta Vetera* (Edición electrónica de trabajos publicados sobre geografía y ciencias sociales), nº 37, Barcelona: Geocrítica [<http://www.ub.es/geocrit/menu.htm>].
- HANNERZ, U. (1986): [1980], *Exploración de la ciudad*. México: F.C.E.
- (1998): «El papel cultural de las ciudades mundiales», en HANNERZ, U., *Conexiones transnacionales*. Madrid: Cátedra.
- HARRIES-JONES, P. (1975): *Freedom and Labour*. Oxford: Basil Blackwell.
- KAPFERER, B. (1966): *The Population of a Zambian Municipal Township*. Lusaka: Institute for Social Research.
- (1972): *Strategy and Transaction in an African Factory*. Manchester, Manchester University Press.
- KYMLICKA, W. (1996): *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós.
- LEEDS, A. (1994): [1984], «Cities and Countryside in Anthropology» en LEEDS, A. *Cities, Classes, and the Social Order*. Ithaca: Cornell University Press, 1994.
- (1994): [1980], «Towns and Villages in Society: Hierarchies of Order and Cause», en LEEDS, A., *Cities, Classes, and the Social Order*.
- LICHFIELD, N. (1990): «Políticas de suelo para regiones metropolitanas» en BORJA, J. et al., *Las grandes ciudades en la década de los años noventa*. Madrid: Editorial Sistema.
- LITTLE, K. (1965): *West African Urbanization. A Study of Voluntary Associations in Social Change*. Cambridge: Cambridge University Press [trad. española de Ed. Labor en 1970].
- (1974): *Urbanization as a Social Process: An Essay on Movement and Change in Contemporary Africa*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- MARTINOTTI, G. (1996): *The new social morphology of cities*, Paris, Unesco, MOST Discussion Paper Series, nº 16.
- MEILLASOUX, C. (1968): *Urbanization of an African Community: Voluntary associations in Bamako*. Seattle: University of Washington Press.

- MINER, H. (1953): *The Primitive City of Timbuctoo*. Princeton: Princeton University Press.
- MITCHELL, J. C. (1956): *The Kalela Dance*. Manchester: Manchester University Press (Rhodes-Livingstone Institute, n. 27).
- (1970): «Africans in Industrial Towns in Northern Rhodesia», en MANGIN, W., *Peasants in Cities*. Boston: Houghton Mifflin.
- OPINIÃO. «Neonazismo e extrema direita em Portugal», *Sapo. Portugal Online!*, Lisboa, 8/5/01 [http://opinioao.sapo.pt/s81/111390.html].
- POWDERMAKER, H. (1962): *Copper Town*. Nueva York: Harper and Row.
- PLOTNICOV, L. (1967): *Strangers to the City: Urban Man in Jos, Nigeria*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- PRESS, I. y SMITH, E., comps. (1990): *Urban Place and Process: Readings in the Anthropology of Cities*. Nueva York: Macmillan.
- PROENÇA, R. (1988): *Guía de Portugal, vol. 1º, Generalidades*. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian (2ª reimpresión del facsímil de la obra original de 1924).
- PUJADAS, J. J. (1994): «Processos sociais e construção de identidades nas periferias urbanas: os casos de Lisboa e Catalunha», en *Mediterrâneo* (Lisboa), nº 4.
- (1996): «Antropología urbana», en PRAT, J. y MARTÍNEZ, A. (Comps.) *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteve Fabregat*. Barcelona: Ariel.
- PUJADAS, J. J. y BASPTISTA, L. (2000): «Confronto e entreposição: os efeitos da metropolitanação na vida das cidades», *Forum Sociológico* (Lisboa), nº 3-4 (II série).
- REDFIELD, R. (1930): *Tepoztlan, a Mexican village*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1941): *The folk culture of Yucatan*. Chicago: University of Chicago Press.
- REDFIELD, R. y SINGER, M. (1954): «The Cultural Role of Cities», en *Economic Development and Cultural Change*, nº 3.
- RIEGELHAUPT, J. (1964): *In the shadow of the city: intregation of a portuguese village*. Nueva York: Columbia University, [ed. en microfilm de ARBOR, Ann (1979), University Microfilms International].
- ROGERS, A. y ROGERS, S., comps. (1995): *The Urban Context. Ethnicity, Social Networks, and Situational Analysis*. Londres: Berg.
- ROSA, E. (2000): «Bairro Alto a ferro e fogo», *O dia* (edición digital), Lisboa, nº 2555, 13/07/00, 3pp. [http://web.online.pt/odia/2000/7/13/01op2555.htm].
- SAFA, P. (1998): *Vecinos y vecindarios en la Ciudad de México. Un estudio sobre la construcción de las identidades vecinales en Coyoacán, D.F.* México: CIESAS/UAM-Iztapalapa/Miguel Ángel Porrús Editor.
- SANJEK, R. (1990): «Urban Anthropology in the 1980s: A World View» en *Annual Review of Anthropology*, nº 19.
- SOUTHALL, A., comp. (1973): *Urban Anthropology*. Nueva York: Oxford University Press.
- WALLMAN, S. (1993): «Reframing context: pointers to thr pos-industrial city», en COHEN, A. y FUKUI, K., comps. *Humanising the city. Social contexts of urban life at the turn of the millenium*, Edinburgh: Edingurgh University Press.
- WILSON, G. (1941): *An Essay on the Economics of Detribalization in Northern Rhode-*

- sia, 1ª Parte. Livingstone: Rhodes-Livingstone Institute (Rhodes-Livingstone Papers, nº 5).
- (1942): *An Essay on the Economics of Detribalization in Northern Rhodesia*, 2ª Parte. Livingstone: Rhodes-Livingstone Institute (Rhodes-Livingstone Papers, nº 6).
- WIRTH, L. (1964): [1938], «Urbanism as a Way of Life» en ALBERT, J. REISS JR. (comp.): *Louis Wirth, on Cities and Social Life*. Chicago: The University of Chicago Press.

RESUMEN

Tomando como punto de referencia el análisis de las transformaciones metropolitanas de Lisboa, el artículo reflexiona sobre algunos de los objetos de estudio construidos por la antropología urbana, con la intención de hacer una evaluación de sus carencias y sesgos metodológicos. No hay duda de que la mirada antropológica sobre las ciudades vino fuertemente condicionada por el modelo conflictualista de la Escuela de Chicago y por los debates de la antropología norteamericana y de que la influencia de la Escuela de Manchester, más interesante e imaginativa metodológicamente, tuvo un impacto menor y más tardío. El énfasis principal del trabajo se dirige a delimitar qué procesos y qué actores sociales protagonizan actualmente la escena urbana, intentando destacar la fluidez y celeridad con la que barrios, ciudades y aldeas cambian de morfología y redefinen sus funciones en el marco de las nuevas regiones metropolitanas.

Los elementos analíticos sobre los «barrios populares» de Lisboa pretenden mostrar cómo se producen históricamente los procesos de construcción identitaria de colectivos vecinales a los que se atribuyen rasgos de especificidad y cómo se produce la dialéctica de aceptación o rechazo de esos perfiles por parte de los actores sociales, en el marco más amplio de las transformaciones urbanísticas y de las relaciones sociales de la ciudad. Finalmente, la presentación de la *cuestión saloia* pretende introducir un estudio de caso, como instrumento para acercarnos al proceso mismo de construcción de una región metropolitana, con sus implicaciones referidas a los estilos de vida, a los nuevos roles e identidades de los agentes sociales metropolitanos.

ABSTRACT

Taking as a point of reference the analysis of Lisbon's metropolitan transformations, the article reflects on some of the objects constructed by urban anthropology, with the scope of make an evaluation of their methodological lacks and slants. There is no doubt that the anthropological look to cities was strongly conditioned by the conflictualist model of the Chicago School and by the debates of the Northamerican anthropology and, also, that the influence of the Manchester School, methodologically more interesting and imaginative, had a lesser and later impact. The work's main emphasis relates with an attempt to identify what processes and social actors he-

ads at present the urban scene. We try, also, to show the smooth manner and celerity with which neighborhoods, cities and villages change their morphology and redefine their functions in the context of the new metropolitan regions.

The analytical elements on Lisbon's «popular neighborhoods» try to show how are produced historically the processes of identity construction of neighborhood collectives, which had been delimited with some traits of specificity, and how works the acceptance/refuse dialectics of those profiles by social actors, in the wider context of cities' planning transformations and new social relations. Finally, the presentation of *saloio* question tries to introduce a case study, as a means to bring to the same process of construction of a metropolitan region with all the implications related with life styles, new roles and identities by metropolitan social agents.